

Seicho Matsumoto
Un lugar desconocido

Traducción de Marina Bornas



Durante un viaje de negocios en Kobe, Tsuneo Asai recibe la noticia de que su esposa Eiko ha fallecido de un infarto. Dado que sufría una enfermedad coronaria, la causa de la muerte no resulta tan extraña como el lugar donde ocurrió: un apartado barrio residencial de Tokio del que ella nunca le había hablado y en el que abundan los hoteles de citas. Intrigado, Asai tratará de averiguar las verdaderas circunstancias de su muerte a través de una investigación obsesiva que lo llevará a recomponer la inesperada vida secreta de su mujer.

Mientras acompañamos a un improvisado detective en este periplo lleno de giros inesperados, Seicho Matsumoto desliza su sutil crítica a la sociedad japonesa de mediados del siglo XX y a las rígidas convenciones y falsedades que la enturbian. Un intrigante rompecabezas hábilmente armado a través de algunos de sus temas predilectos: la mentira, la venganza y el miedo al escándalo.

Publicado en 1975, *Un lugar desconocido* es un clásico de la novela negra escrito por el maestro japonés del género y autor de obras tan populares como *El expreso de Tokio*.

1

Cuando recibió la noticia, Tsuneo Asai se encontraba de viaje de negocios en la ciudad de Kobe.

Eran las ocho y media de la noche y estaba cenando con un grupo de empresarios de la industria de alimentos procesados. Asai era el encargado jefe del departamento de Alimentación del Ministerio de Agricultura y Silvicultura. Había llegado un día antes junto con el director general, el señor Shiraishi, que el mes anterior había sido ascendido desde otro departamento y no sabía prácticamente nada sobre gestión de alimentos. Ambos habían estado visitando fábricas de enlatado y plantas de procesado de jamón en la región de Osaka y Kobe, y tenían previsto dirigirse a Hiroshima al día siguiente. Aquella noche se habían reunido con algunos empresarios locales para celebrar una velada informal.

El ambiente empezaba a decaer. El director general Shiraishi, que era tres años mayor que Asai, mantenía una conversación sobre golf con el presidente de la asociación, sentado frente a él. Shiraishi tenía un hándicap de golf bajo. Además, era prácticamente un profesional en juegos de mesa como el *go* y el *shogi*, y su dominio del *mahjong* era conocido en todo el ministerio. Asai estaba sentado a su lado, bebiendo sake a pequeños sorbos mientras escuchaba al director con expresión sumisa. Consideraba que prestar atención a la cháchara de su jefe era una señal de respeto. Shiraishi hablaba en voz demasiado alta por culpa del *whisky*. Su carrera estaba siendo meteórica, pues había llegado a director general a los cuarenta y

cinco años. A diferencia de Asai, Shiraishi había estudiado Derecho en la Universidad de Tokio y era el niño mimado del viceministro, líder de una de las facciones políticas del ministerio.

Antes del cambio de director, Asai había advertido a los empresarios de que al cabo de tan solo dos años –quizá incluso uno y medio– el nuevo director general sería trasladado a un ministerio de más relevancia, y que aquel cargo no era más que un peldaño en su ascenso hacia el éxito profesional, una simple ocupación temporal a la que no tenía previsto dedicar demasiados esfuerzos. «No aprenderá las cuestiones prácticas del trabajo, lo dejaré todo en mis manos –les dijo Asai–, pero no se preocupen: yo me encargaré. Es posible que mientras ocupe su cargo intente ganarse la admiración del personal, pero yo estaré a su lado en todo momento para guiarlo y mantenerlo bajo control». Los empresarios eran personas sin apenas formación, por lo que solían dejar los asuntos prácticos en manos del veterano Asai. El encargado jefe mantenía una relación de perfecto entendimiento con ellos, pero delante del director general se esforzaba en disimularlo. En la universidad, Shiraishi había dedicado su tiempo libre a perfeccionar pasatiempos como el *go*, el *shogi* o el *mahjong*, mientras que Asai era hijo de una familia humilde que había conseguido con muchos esfuerzos graduarse en una universidad privada y ahora ocupaba un puesto en un departamento gubernamental. Ambos hombres eran tan diferentes que no parecían de la misma especie.

En la sala había unas veinte *geishas*. Enfrente del director general se encontraba la más destacable. Resultó que la muchacha también jugaba al golf, y se había unido a la conversación. Su presencia frente a Shiraishi durante toda la velada, que ya se acercaba a su fin, parecía una maniobra del vicepresidente de la asociación local de empresarios de alimentos procesados, el señor Yagishita. Al menos

eso era lo que Asai sospechaba. Yagishita se dedicaba a la producción de jamón y salchichas.

De repente, alguien susurró algo al oído de Asai y este pensó que se trataba de Yagishita, que se había levantado del asiento desde donde analizaba todas las reacciones del director general. Pero no era Yagishita, sino una de las camareras del lujoso restaurante.

–Tiene una llamada de su casa –dijo la muchacha en voz baja.

Asai no se levantó enseguida. Salir precipitadamente habría sido una falta de respeto para con el director general. Para ganar tiempo, cogió el vaso de sake de la mesa y bebió un sorbo. Mientras fingía interesarse por la conversación de su jefe, se preguntó cuál sería el motivo de aquella llamada tan tardía. A pesar de que solía viajar bastante por trabajo, su esposa Eiko casi nunca le llamaba, y con ellos no vivía nadie más. Cuando tenía previsto hacer un viaje largo, su mujer invitaba a su hermana pequeña a casa para que le hiciera compañía. Aquel viaje iba a durar cinco días, así que su cuñada debía de estar con ella. Una llamada de Tokio a aquellas horas de la noche no presagiaba nada bueno. Si bien era cierto que no había pisado el hotel en todo el día, ¿qué podía ser tan urgente como para que Eiko, que casi nunca le llamaba, se viera obligada a localizarlo en el restaurante? No podía ser un asunto doméstico trivial que se le hubiera ocurrido consultarle precisamente entonces.

Después de aproximadamente un minuto, Asai se levantó en silencio del cojín donde estaba sentado sobre sus talones. Su jefe estaba de espaldas a él, enfrascado en su conversación con el vicepresidente. Al incorporarse, la *geisha* le dirigió una rápida mirada de soslayo, pero enseguida volvió a centrar la atención en Shiraiishi. Saltaba a la vista que aquella muchacha, de veintisiete o veintiocho años y la cara perfectamente ovalada, era del agrado del director general.

La camarera, que lo estaba esperando en el exterior de la sala de banquetes, condujo a Asai a través de un pasillo. Después de doblar dos equinas llegaron a una cabina telefónica. A través de la puerta de cristal se veía el auricular descolgado.

—Hola, soy yo —dijo Asai, pero nadie le respondió.

Se le aceleró el pulso. Al otro lado de la línea se oía un murmullo de voces, pero eran demasiado lejanas para descifrar lo que decían. Oyó a una mujer que sollozaba muy cerca de su oído y reconoció a su cuñada Miyako. No podía decirle nada porque estaba llorando.

—¿Qué ha pasado, Miyako? —preguntó Asai con un ligero temblor en la voz, temiendo que a Eiko le hubiera sucedido algo y no hubiera podido llamarle en persona.

—Eiko ha... —Asai no entendió el resto de la frase. Su cuñada estaba tan alterada que era difícil decir si estaba riendo o llorando.

Entonces le pareció que había dicho «muerto».

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Ha muerto. Ha sido muy repentino.

—¿Ha muerto? ¿Estás segura? —Una camarera pasó por detrás de la cabina, pero la puerta de cristal estaba firmemente cerrada y la chica ni siquiera reparó en él—. ¿Cuándo ha sido?

Una fuerte oleada de sollozos ahogó las palabras de su cuñada durante un buen rato.

—Hace tres horas.

¿Su mujer llevaba tres horas muerta y él no lo había sabido hasta ahora? Tres horas antes acababa de entrar en el restaurante. Antes de salir de Tokio había anotado para Eiko y Miyako su agenda de actividades previstas y los nombres de los hoteles en los que se alojaría. Miyako debía de haber llamado al hotel, donde le habrían dado el número de teléfono del restaurante. Aun así, habría podido localizarlo inmediatamente.

Asai pensó que debía de haber sido un accidente: aquello justificaría el retraso en darle la noticia. Además, su mujer debía de haber muerto fuera de casa. De lo contrario le habrían avisado enseguida. Aunque la hubieran llevado al hospital, alguien le habría llamado mucho antes.

—¿Ha sido un accidente? —preguntó.

—Soy yo —le respondió una voz diferente—. No, no ha sido un accidente. —Era el padre de Eiko. Incluso él, que vivía en Hachioji, había tenido tiempo de llegar a su casa—. Se le ha parado el corazón. Ha sido muy repentino. —Un ataque de tos distorsionó la voz turbada de su suegro, de setenta años—. Estaba en la calle. Ha sufrido un infarto y ha entrado precipitadamente en la tienda más cercana. La dueña ha llamado a Miyako, que ha ido enseguida en taxi, pero ya era demasiado tarde.

—Ya veo. ¿Y ha sido la dueña de la tienda quien ha llamado a la ambulancia? —preguntó Asai, haciendo un esfuerzo por dominar sus emociones.

—En realidad, había una clínica de medicina general a unos doscientos metros y enseguida ha ido un médico. Pero su corazón ya había dejado de latir.

Eiko estaba delicada del corazón. Dos años antes había sufrido una angina de pecho.

—¿Dónde está ahora?

—La han traído a casa hace una hora. Miyako ha llamado a tu hotel para preguntar dónde estabas. —Parecía que su suegro intentara excusarse por haber tardado tanto en avisarle. A través del auricular oía llorar a Miyako y a otra persona, que le pareció el hermano pequeño de su mujer—. ¿A qué hora llegarás?

—Los trenes bala ya no circulan a esta hora. Si consigo llegar a tiempo al aeropuerto, volveré en avión. Si no, tomaré el tren nocturno que llega a Tokio mañana por la mañana.

—Te estaremos esperando. En fin, es una tragedia. Procura... —Su suegro seguramente iba a decirle que procura-

se mantener la calma y regresar a casa sano y salvo, pero la voz se le quebró. Casi parecía que le pesara más el hecho de haberle fallado a su yerno avisándole tan tarde que la muerte de su propia hija.

Asai salió de la cabina e hizo una seña a una camarera que pasaba por el pasillo.

—¿Hay algún avión que vuele a Tokio esta misma noche?

La muchacha se arremangó una de las mangas violeta del kimono que llevaba y consultó un pequeño reloj de pulsera.

—Son casi las nueve y diez y el último avión despegará a las nueve y media, así que me temo que ya no le da tiempo a llegar al aeropuerto de Itami. —El restaurante tenía muchos clientes de la capital, por eso el personal conocía de memoria el horario de los vuelos—. ¿Necesita regresar ahora?

—Sí. ¿A qué hora sale el expreso?

—Hay uno que sale de Sannomiya a las diez y cinco y llega a Tokio mañana, sobre las nueve y media.

—Pues tomaré este. ¿Puede llamar a un taxi?

—¿Para una persona?

—Sí, regresaré yo solo. Es una emergencia.

Mientras recorría el pasillo de vuelta a la sala de banquetes, decidió pedirle al vicepresidente Yagishita que atendiera al director Shiraishi. No podía pedir al ministerio que enviaran a un sustituto, así que su jefe tendría que completar solo los dos días de visitas que todavía tenía por delante. Un hombre como él, al que le gustaba darse aires de importancia, se sentiría humillado viajando sin acompañante. Se planteó pedir un sustituto a la delegación de Hiroshima, pero descartó la idea porque le pareció irrespetuoso dejar al director general y a los empresarios con alguien que no fuera de la sede del ministerio. A pesar de

la conmoción de haber perdido a su mujer de forma tan repentina, Asai estaba completamente centrado en resolver los asuntos del trabajo.

Cuando volvió a la sala de banquetes ya habían servido el último plato. Su jefe estaba dando buena cuenta de un cuenco de arroz con besugo y té verde. La *geisha* seguía entreteniéndolo. Después de que Asai le hiciera una reverencia a Shiraishi y se sentara, la muchacha le preguntó si quería arroz con besugo y té verde o prefería arroz blanco.

Asai detectó en el rostro de perfil de su jefe un ligero malestar por su prolongada ausencia. Mientras sujetaba el cuenco caliente de arroz con la punta de los dedos, pensaba en la mejor forma de exponerle el asunto. No tenía tiempo que perder. La voz llorosa de Miyako todavía resonaba en sus oídos.

Asai volvió a dejar encima de la mesa el cuenco que acababa de levantar, se arrodilló y se acercó a su jefe.

—Señor Shiraishi, le pido disculpas de antemano —le susurró al oído. Su jefe se inclinó en su dirección, frunciendo la frente para indicarle que lo escuchaba—. Me gustaría pedirle que este asunto no trascendiera al resto de los invitados. —La velada no estaba tan animada como a la hora del aperitivo, pero la conversación continuaba viva—. Acabo de recibir una llamada de Tokio, desde mi casa. Parece ser que mi esposa ha fallecido repentinamente. —Shiraishi se inclinó un poco más con expresión confundida, como si no hubiera entendido bien la palabra «fallecido»—. Ha sufrido un infarto hace tres horas.

La palabra «infarto» sí que llegó a sus oídos con claridad. El director general abrió los ojos como platos y dejó el cuenco de arroz encima de la mesa. Su mirada se paseó por el comedor y finalmente se detuvo en el rostro de Asai.

—¿Estás seguro? —preguntó en el tono grave que la situación requería.

–Me temo que sí –confirmó Asai en un murmullo–. He hablado con mi suegro y mi cuñada.

–¿Estaba enferma? –inquirió su jefe, bajando la voz como había hecho Asai.

–No, gozaba de buena salud. Se ve que ha empezado a encontrarse mal en la calle, ha entrado en una tienda cercana y ha muerto en el acto.

–¡Cielo santo!

Como Asai le había pedido la máxima discreción para que la triste noticia no trascendiera, su jefe se limitó a agachar ligeramente la cabeza. Su irritabilidad mutó inmediatamente en una expresión en la que se mezclaban la compasión y el nerviosismo.

–Debes volver a Tokio ahora mismo –le ordenó en voz baja.

–Sí, señor. Lamento no poder seguir siéndole de ayuda en este viaje.

–No te disculpes, no importa –dijo Shiraishi, y consultó su reloj–. A esta hora ya no saldrán más aviones.

–No.

–¿Sabes si todavía hay trenes?

–Le he preguntado a una de las camareras y me ha dicho que hay un tren nocturno que sale a las diez y cinco.

–No tienes mucho tiempo. Más vale que te vayas, me las arreglaré solo.

–Muchas gracias, señor. Lamento las molestias que le estoy ocasionando.

–En absoluto. No te preocupes por mí.

Los representantes de la industria de alimentos procesados seguían comiendo y bebiendo ajenos a todo, pero lanzaban alguna que otra mirada de curiosidad a los dos hombres que hablaban en susurros. La *geisha* había tenido la discreción de no entrometerse y estaba conversando en voz baja con una de sus compañeras.

–De acuerdo. Gracias, señor.

–Iré a ofrecer mis condolencias a tu familia en cuanto regrese a Tokio.

–No será necesario, señor... Se lo agradezco mucho, pero sé que está muy ocupado.

–En cualquier caso, será mejor que te vayas. Ya encontraré el momento adecuado para decírselo a los demás.

–No hace falta que se moleste. Llamaré al vicepresidente Yagishita para que salga al pasillo un momento y le pondré al corriente yo mismo. Él informará a los demás.

–Entendido.

El director general aceptó sin vacilar, como si lo aliviara saber que no tendría que ocuparse él mismo de comunicar a los demás el infortunio sucedido en el hogar de su subordinado.

–En cuanto al resto del viaje, señor, podría pedirle al director de Asuntos Generales de la delegación de Hiroshima que le acompañara en sus visitas. Si está usted de acuerdo, le diré a Yagishita que tome las disposiciones necesarias.

–No te preocupes por nada, me las arreglaré solo.

–Pero habría que zanjar los asuntos pendientes...

–Tranquilo. Anda, vete. Todavía tienes que pasar por el hotel para recoger tus cosas, ¿verdad?

–Sí. En ese caso, señor, será mejor que me vaya.

A esas alturas, todo el mundo había advertido ya que ocurría algo excepcional. Cuando Asai se levantó del cojín, treinta pares de ojos se posaron sobre él. Asai le hizo una seña a Yagishita con la mirada y salió al pasillo. El hombre lo siguió inmediatamente.

El vicepresidente se quedó perplejo al oír la trágica noticia. Para no perder más tiempo, ambos hombres hablaron mientras caminaban hacia la puerta de salida.

–Me ha parecido raro que empezara a cuchichear con su jefe nada más regresar, pero jamás habría imaginado que se tratara de algo tan espantoso. No sé qué decir...

Yagishita agachó su cabeza calva y le hizo una profunda reverencia a Asai.

–Gracias. Para mí también ha sido muy inesperado.

–Naturalmente. Es una auténtica pesadilla. Los demás también se sorprenderán mucho cuando se enteren.

–No me ha parecido apropiado anunciar una noticia tan triste durante la cena. ¿Lo harás tú cuando encuentres el momento adecuado?

–Faltaría más. Pero aquí no tiene por qué guardar las apariencias, señor Asai. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, está usted entre amigos. No se preocupe, avisaré a los demás.

–Me gustaría pedirte otra cosa. Cuando yo me vaya, el director general tendrá que seguir viajando solo. No habrá nadie que lo acompañe. Si tuviera que venir alguien del ministerio, ya no llegaría a tiempo, pero he pensado que tú podrías llamar mañana por la mañana a Asuntos Generales de la delegación de Hiroshima y pedirle al director que vaya a recibir al señor Shiraishi a la estación y lo acompañe en mi lugar durante el resto del viaje.

–Por supuesto, no hay problema. Así lo haré. Pero no tiene por qué pensar en estas cosas en un momento como este, señor Asai –observó Yagishita en tono compasivo.

–Debo hacerlo, es mi responsabilidad. Tengo que asegurarme de dejarlo todo bien atado. No puedo permitir que los asuntos personales me distraigan del trabajo.

–Pero esto no es un asunto personal cualquiera, ¡su esposa ha fallecido! Es completamente distinto.

–Aun así, hay que saber distinguir lo laboral de lo personal. El señor Shiraishi se quedará solo, y no le gustará dar esa imagen.

–Bueno, supongo que tiene razón, pero...

–¿Me harás ese favor?

–Sí, de acuerdo. Espero que tenga un buen viaje de vuelta.

Asai se detuvo un instante y se inclinó hacia el oído de Yagishita.

—¿Qué opinas de la muchacha que está sentada enfrente del señor Shiraishi? ¿Crees que podría surgir algo más entre ambos?

Yagishita se quedó atónito ante la pregunta de Asai.

—Señor Asai, ¿de verdad le preocupan esas cosas en un momento como este?

Asai no salió de su estupor hasta más tarde. Mecido por el traqueteo del tren nocturno, sin poder dormir, se dio cuenta de que se le había olvidado preguntar dónde estaba Eiko cuando había sufrido el infarto.

2

Cuando terminó la ceremonia budista que se celebró siete días después del funeral de la esposa de Asai, la casa se quedó vacía de repente. Pasaría algún tiempo antes de que volviera a reunirse con sus parientes. Se organizaría otra ceremonia para conmemorar el primer aniversario de la defunción, pero Asai no sabía cuántos familiares de su esposa se presentarían al cabo de un año. Puesto que no tenían hijos, era prácticamente como si el linaje familiar hubiera acabado.

El matrimonio de Asai había durado siete años. Se había casado con Eiko a los treinta y cinco, un año después de haber perdido a su primera esposa. Eiko tenía veintisiete, ocho años menos que él, y para ella era su primer matrimonio. La casamentera le había comentado que, anteriormente, la muchacha había sido muy selectiva con sus posibles pretendientes, y que por eso sus perspectivas de casarse se habían ido reduciendo poco a poco. Cuando acordaron una presentación formal y Asai vio a Eiko por primera vez, pensó que debía de ser verdad. No tenía unas facciones especialmente hermosas, pero su expresión alegre la hacía atractiva.

Asai le expresó a la casamentera su gran interés por Eiko, quizá porque su primera esposa era muy poco agraciada. Pero la muchacha tardó bastante en darle una respuesta favorable: al parecer, no lo tenía claro. Tal vez no tenía prisa por casarse, como había demostrado en otras ocasiones, o le daba reparo que él ya hubiera estado casado. Además, Asai no confiaba demasiado en su propio atracti-

vo: de joven nunca había tenido éxito entre las mujeres. Su mejor baza era la estabilidad que le aseguraba su empleo como funcionario, a pesar de que tenía un salario más bien modesto.

Finalmente, después de haberlo tenido en vilo bastante tiempo, ella accedió a casarse. Asai la quería, naturalmente. Su segunda esposa era como una niña: más que amarla, parecía malcriarla. Era ocho años más joven que él, pero a veces parecía sacarle doce o trece años.

Eiko, por su parte, se había acomodado a la devoción de su nuevo marido y se dejaba mimar por él. Se volvió caprichosa como una criatura. Era capaz de pasarse dos o tres días en casa sin hacer nada, tumbada en la cama, con la excusa de que estaba cansada. En lugar de reprochárselo, Asai se encargaba de cocinar, limpiar e incluso hacer la compra en el mercado.

Cuando estaba cansada, Eiko no dejaba que Asai se le acercara. Ella nunca había mostrado interés por las relaciones íntimas. Esto no significaba que no lo amara, solo que era bastante pasiva en la cama. A él le habría gustado que su esposa fuera más apasionada, pero aquello no mermaba su amor.

Ante los demás, Eiko era una mujer muy cordial y sociable. Cuando estaba en casa, en cambio, era más bien reservada. Asai solía pensar que, de puertas afuera, era una persona completamente distinta que de puertas adentro, y estaba convencido de que se aburría cuando estaban los dos solos en casa. Cuando salía, Eiko parecía revivir.

La mayoría de las veces salía con amigas de su juventud, y también con nuevas amistades que había hecho a partir de las antiguas. Al principio iba a clases de canto tradicional con sus amigas, pero más adelante cambió el canto por lecciones de *shamisen*. Cuando el *shamisen* pasó de moda, se apuntó a pintura japonesa. Últimamente, Eiko asistía a talleres de haiku impartidos por una poeta